

mes: hay peregrinos armenios que llevan la devoción hasta dar quince ó veinte mil piastras: hubo un cristiano de esa nación que puso en manos del patriarca cien mil piastras, creyendo por este medio asegurarse uno de los primeros lugares en el reino de los escogidos, pues la mayor parte de estos peregrinos están persuadidos que se puede comprar con dinero un lugar en el cielo. Se dice que el monasterio armenio es muy exigente con los peregrinos que no le parecen bastante generosos: los armenios de Constantinopla, un poco menos ignorantes que los de otros países, han prurumpido en murmuraciones: muchos anuncian á las claras su intención de abrazar la fé romana, y algunos han hecho juramento de ello sobre el Santo Sepulcro. Mas todo esto no detendrá el curso de estas perpetuas exacciones: los abusos que son obra del interés, y que hacen vivir un gran número de hombres, fácilmente se convierten en leyes, y este es el caso de repetir el proverbio de estos países: *Es mas fácil destronar un sultan que un abuso.* En el año de 831 se esperaba que el número de peregrinos subiese á cinco mil: jamas se habian visto en Jerusalem tantos peregrinos armenios. En los últimos años en que han estallado tantas revoluciones, los hijos de Armenia no acudian en gran número á Jerusalem. Sus gefes son cismáticos: apenas se numeran treinta católicos. Ahora que gracias á la generosa intervencion de la Francia, los católicos armenios han tomado un rango muy distinto entre las naciones cristianas, sin duda se les verá en mayor nú-

mero por el camino de la ciudad de Cristo, y vendrán así á volver alguna gloria á la iglesia latina de Jerusalem.

En la época de la revolucion de la Morea, los caminos de Jerusalem se habían cerrado para los griegos: apenas se veían algunas familias del Asia menor venir á tocar á la puerta del monasterio griego, porque la espada de los turcos estaba levantada en todas partes para castigar á la nacion rebelde. Hoy que los Helenos no son ya tratados como enemigos vuelven á tomar el camino de la ciudad santa. En 1831 el patriarca creía poder contar con dos mil y quinientos peregrinos.

Muchos griegos se quejan de la contribucion que se les impone por su monasterio: el ejemplo del convento latino que nada pide á sus católicos, contribuye sin duda á abrirles los ojos. „Cuesta muy caro, decia un griego á un católico, venir á orar á Jesucristo en Jerusalem.” „¿Por qué no permaneceis en vuestro país? respondió este: las oraciones de Grecia suben al cielo tan bien como las de Jerusalem: en el mundo hay muchas puertas que no se abren sino con oro; mas el oro no podria abrirnos las puertas del paraiso: la virtud es la única llave del cielo.”

„Muy bien, muy bien:” exclamaba el griego y se quedaba pensativo. „Pobres griegos, continuó el católico, despues de haber escapado de los piratas del Archipiélago y de los árabes de Palestina, llegais á Jerusalem para caer en manos de piadosos ladrones que

se enriquecen con vuestros despojos.” A estas últimas palabras el griego no pudo dejar de reir, y al separarse dijo en voz baja al católico, que la religion de Roma era seguramente la mejor, pues que el convento latino no exigia un solo para.

Los peregrinos católicos llegan á lo mas á sesenta, y son hospedados y alimentados en el monasterio franco sin abrir la bolsa. No se encuentran mas que algunos peregrinos coptos y abisinios. Todas estas naciones separadas entre sí por dogmas diferentes, no tienen mas que un solo pensamiento cuando se trata de despojar ó de odiar á los peregrinos judíos: la aversion natural de los cristianos de Oriente hácia los judíos, debe despertarse con mas ardor en la ciudad en que todo recuerda el crimen de la raza israelita. Los griegos son los que manifiestan mayor repugnancia hácia los hijos de Jacob. Hace algunos dias, dice un viagero, paseaba yo sobre las alturas de San Jorge enfrente de la puerta de Belen: estas colinas estaban cubiertas de peregrinos, hombres, mugeres, niños, doncellas, venidos aquí para recibir los suaves rayos del sol de Marzo: las mugeres y las doncellas formaban grupos separados y conversaban alegremente entre sí: los hombres tendidos y personalmente inclinados unos frente otros, hablaban jugando con el rosario, cosa que nunca dejan los orientales: los niños distribuidos en pequeñas bandadas, se entregaban á las diversiones de su edad, ó comian dulces y golosinas compradas en los bazares. Habia yo pasado mas de una hora observando

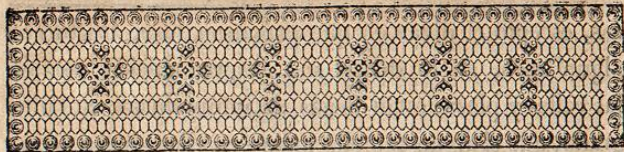
estos diferentes grupos de peregrinos, y me disponia á dirigir mis pasos á otra parte, cuando se me acercó un jóven israelita de diez y seis á diez y ocho años que me preguntó en italiano noticias de Smirna y Constantinopla: repentinamente un muchachuelo griego de diez años cuando mas, se acercó á mí y me preguntó, ¿por qué siendo cristiano toleraba yo al lado á un judío enemigo de Jesucristo? Nada me ha hecho este hombre, respondí al niño; ¿por qué he de arrojarle léjos de mí? Todo esto se lo decia yo en mal language griego, y habria querido proseguir esta curiosa conversacion; pero apénas habia tenido tiempo para saber que era de Mytilene, y que habia hecho la peregrinacion con su madre, cuando ya el niño Lesbio, dirigiendo la palabra á mi israelita, le amenazaba con su cólera si no se daba prisa á desaparecer de en medio de los cristianos: habiendo querido el jóven hebreo imponer silencio al niño, toda una banda de muchachos se puso á dar de gritos, y aun volaron algunas piedras contra el pobre israelita, que no tuvo mas tiempo que el necesario para escapar á todo correr por la puerta de Belen.

Se encuentran en Jerusalem peregrinos de todos los paises: en los mercados la fisonomía y los trages de todas las naciones de Oriente se presentan en un cuadro que se renueva sin cesar. Cuando ha satisfecho su curiosidad el viagero, se abandona á las impresiones que ha hecho nacer el espectáculo de cien naciones diferentes, que acuden de los paises mas le-

janos para venir á orar sobre un mismo sepulcro. Hay en esto materia para muchas meditaciones, para muchas reflexiones filosóficas. El hombre que en las cosas de la humanidad se afecta, sobre todo, por lo que habla al corazon ó á la imaginacion, gusta de preferencia de lo que puede llamarse la poesia de las peregrinaciones. Siente una alegría secreta al ver así á la ciudad santa rodeada de una porcion de hijos suyos. Los caminos de Sion no lloran ya, porque he aquí á las naciones que vuelven á sus festividades: el desierto vuelve á poblarse por un momento: la triste Jerusalem sacude su pálida mortaja, y recobra un aire de regocijo festivo, porque ha vuelto á encontrar un recuerdo de sus antiguos dias.

A la vista de estos millares de peregrinos hay un pensamiento que entristece algunas veces: he aquí pueblos, se dice uno á sí mismo, que creen todavía, para quienes Dios no ha cesado de existir; y que se han formado un destino superior á las cosas de la tierra: ellos al ménos no caminan á la ventura y por sendas desconocidas y cubiertas de tinieblas: la fé va con ellos. Pero los hijos de Europa, hombres de duda y de blasfemia, ¿adónde van, cuál es su porvenir? Han tratado á Dios, como han tratado á los reyes, los han precipitado de su trono: todo lo han negado, ó todo lo han destruido. La sociedad europea es un ganado que ha matado á su pastor, y que camina sin guía á orillas de los abismos. Sus corazones están vacios, su espíritu se consume en lo vago y en la oscuridad, y no

es ya entre ellos donde la verdad tiene su morada. Entregados al demonio de la duda llegarán hasta á tenerse á sí mismos por vanos fantasmas, por un pueblo de sombras, extraño de aquí adelante á todo lo que sea realidad. El ángel de la Europa oculta su cabeza bajo sus alas y llora. ¡O tierra de Oriente! No tienes ya dioses que darnos, ni imágenes que coloquemos en nuestros altares: porque la fé es la vida de las naciones, y la sociedad envejecida, sin creencias, se agita en las angustias de una violenta agonía. ¡Cuánto mas amable era el Oriente en la época en que la religion tomaba á sus pueblos de la mano, y los conducía alrededor del Divino Sepulcro! Habia entonces en él una vida poderosa, grandes virtudes, entusiasmo, epopeya: pero ¿hay una cosa mas pálida, mas estéril, ménos viva que la edad presente? ¿Qué nuevo Ezechiel vendrá á soplar sobre este valle que no está ya cubierto mas que de osamentas, y hará levantarse de él hombres? Así es como se ve la Europa desde el centro de las soledades de Jerusalem: la lejanía por una parte, y por otra los colores del pais sagrado, oscurecen acaso los pensamientos; pero tómese el tiempo presente por un tiempo de renovacion ó de ruina, ¡qué espectáculo tan lúgubre es el que presentan hoy los reinos de Occidente!



CAPÍTULO XXV.

Cosas notables de la Palestina y otras partes del Levante.

En los paisés del Levante, dice el P. Guzman, que están bajo el gobierno de los turcos, se hallan generalmente en la mayor decadencia. Despreciadas las letras, prohibido el estudio de la religion, paralizada la industria y oprimida la humanidad por el mas horrendo despotismo, no es extraño que los habitantes de estas poblaciones se miren sumergidos en la abyeccion y miseria. Desde que conquistaron con el alfange estos paisés opulentos, no han hecho otra cosa que destruir y aniquilar, sin edificar de nuevo. No se encuentran por todas partes sino ruinas lamentables de famosos edificios, y gentes infelices que mueven á compasion. Las ca-